

feroz se veía el contento de morir así, y no por la mano y superioridad de sus enemigos. El insistía en combatir; pero el fuego cundía á toda prisa, el humo los ahogaba, dos grandes maderos quemados caían sobre ellos, la casa toda amenazaba por momentos desplomarse, y socorro no había que esperarlo. En aquel conflicto todos de tropel, así el que quiso como el que no quiso, cubiertos con sus adargas, se arrojaron entre sus enemigos, que inmediatamente los desarmaron y prendieron, mientras que la casa, no bien habían salido de ella, cuando con espantoso estruendo vino al suelo.

Si hubo algo de inconsiderado y cauteloso en la conducta de Almagro desde que entró en el Perú á su vuelta de Chile, no se puede negar que lo hizo desaparecer todo con el modo noble y moderado que tuvo en el uso de su primera ventaja. Excusó á los dos prisioneros la humillación de verse en su presencia; los hizo guardar con decoro y hasta con holgura, y cumplidas que fueron por el ayuntamiento las provisiones reales que llevaba, y el recibido y publicado por gobernador, anunció que no trataba de hacer novedad ni de alterar el estado de las cosas; y nombrando por su teniente en la ciudad á Gabriel de Rojas, caballero y capitán, que no era de su bando, pero muy estimado y de grande autoridad con todos, dió á entender que no iba á mandar como cabeza de partido, sino como un magistrado público amante del bien comun.

A la toma y posesion del Cuzco se siguió la derrota y prision de Alonso de Alvarado en el puente de Abancay. Este general, que cinco me-

18 de
Abril
de 1537

ses antes había sido enviado por el gobernador para socorrer la capital amenazada de los indios, se detuvo todo aquel tiempo en Xauxa, pacificando aquellos naturales. Decía para justificar su tardanza, que así se lo había mandado el gobernador; pero sus enemigos, para acriminarle, le imputaban que se había detenido allí por los intereses particulares de su amigo Antonio Picado. Lo cierto es que su socorro llegó tarde, y que el Cuzco se libertó sin él de los indios, y no pudo libertarse por su falta de caer en manos de sus adversarios. A la noticia de su venida el Adelantado le envió comisionados de toda su confianza para que le intimasen que pues se hallaba en los límites de una gobernacion agena, ó diese la obediencia al que la tenia, ó se volviese al distrito de la gobernacion de Don Francisco Pizarro. Iban por cabezas de esta embajada los dos Alvarados, hermanos del gobernador de Guatemala, amigos entonces y principales confidentes de Almagro, con los cuales escribió una carta amistosa á Alonso de Alvarado, convidándole á seguir su opinion y haciéndole toda clase de ofertas. Mas estos embajadores nada hicieron, sin embargo de ser al principio recibidos con mucha urbanidad y cortesía por el general adversario. Sea que sus importunaciones le enojasen, ó que temiese sus intrigas, ó acaso mas bien que resolviese guardarlos en rehenes de la seguridad de los dos Pizarros, Alonso de Alvarado no permitió que se le hiciese requerimiento ninguno, y luego los hizo desarmar á todos y poner en prision, contra la fe pública y el carácter de que iban re-

vestidos: con esto las cosas se pusieron en hostilidad manifiesta, y no podian menos de venir segunda vez á rompimiento.

Cuando Almagro, pasados ocho dias, vió que no volvian sus amigos, sospechó al instante lo que era, y llamó á consejo á sus capitanes para determinar lo que debia hacerse en semejante coyuntura. Todos opinaron por la guerra siguiendo el dictámen del general Orgoñez, el cual resueltamente opinó que empezasen dando muerte á los dos Pizarros presos, y luego fuesen á encontrar con Alonso de Alvarado, en cuyo ejército tenian ellos tantos amigos que al instante que viesen sus banderas se pasarian de su parte, y así se pondrian en libertad aquellos caballeros, á quienes el Adelantado tenia tanta obligacion, pues estaban presos por su servicio. Esquivaba él todo derramamiento de sangre, y le detenian todavía los respetos de su amistad antigua con el gobernador, aunque aborrecia á los dos hermanos, especialmente al insolente Hernando. Por lo mismo no quiso que se tratase mas de aquellas muertes, diciendo que la grandeza se conservaba mejor con los consejos cuerdos y moderados que con los vehementes y violentos. *Mostraos en buen hora piadoso, replicó Orgoñez, ahora que podeis: mas tened entendido que si una vez Hernando Pizarro se ve libre, se vengará de vos á toda su voluntad, sin misericordia ni respeto alguno:* palabras que anunciaban al pobre Almagro la suerte que le aguardaba, si al fin venia á caer en manos de aquel hombre inexorable y cruel.

Resueltos á combatir, salen los castellanos

del Cuzco y van á encontrarse con Alvarado en el puente de Abancay. Los dos ejércitos eran iguales en gente, pero muy desiguales en fuerza: los de Alvarado estaban desunidos en opinion y poco deseosos de pelear. Pedro de Lerma, el capitan de mas reputacion entre ellos, mantenía inteligencias con Orgoñez¹. Alvarado sospechándolo le habia mandado prender, pero él pudo escaparse, atravesar el rio, y pasarse al Adelantado. Acrecentóse con esto la confianza á aquel ejército, que ya la tenia tan grande en el crédito de valor que gozaba, y en lo bien pertrechado que se veía. Alvarado dispuso juiciosamente su tropa segun la naturaleza del puesto que ocupaba: tenia delante el rio, colocó en el puente y en los dos vados conocidos la gente que le pareció suficiente para su defensa, dando el encargo del puente á Gomez de Tordoya, el del vado fronterizo á Juan Perez de Guevara, y el de arriba á Garcilaso. Él con otro cuerpo quedó para acudir á donde conviniese. Llegado Almagro al rio, todavía quiso enviar un mensaje de paz á Alvarado pidiéndole sus amigos. Mas Orgoñez su general no lo consintió, diciendo que aquellas eran dilaciones dañosas, en que se perdian el crédito y el ánimo del mismo modo que el tiempo. Dió en seguida las disposiciones para pasar el rio: amonestó á los soldados en pocas palabras que allí era preciso ó vencer ó morir, porque la guerra no queria corazones inertes; recordóles que iban á pelear, no con

¹ Lerma iba descontento, porque el gobernador habiéndole dado al principio el mando del ejército que iba en socorro del Cuzco, se le quitó y despues se le dió á Alvarado.

indios, sino con españoles tan esforzados y valientes como ellos, y que por lo mismo era preciso redoblar el esfuerzo para vencerlos. Esto dicho, se arrojó al río al frente de ochenta caballos los mejores, y seguido de los capitanes de mayor reputación. Era de noche, el río hondo y crecido, el paso peligroso, y en medio de la oscuridad y del rumor se oían las voces de aquel hombre denodado: *Caballeros, ánimo, aprieta, que ahora es tiempo*, con las cuales se guiaban y alentaban los soldados que le seguían. Tiraban los contrarios á donde oían el rumor, mas los tiros se perdían y no hacían efecto alguno. Los caballeros, según iban pasando el río y llegando á la orilla, se apeaban, y terciando las lanzas como picas y formándose en batalla, cerraban con sus contrarios y los comenzaban á herir. No hubo allí mucha resistencia, porque desde el principio fué herido en un muslo y puesto fuera de combate el capitán Guevara que mandaba en aquel punto. El Adelantado, que con sesenta caballos y alguna infantería se había quedado para embestir el puente á su tiempo, luego que por el ruido y el estruendo de los mosquetes conoció que Orgoñez estaba en la otra orilla, arremetió con su impetuosidad acostumbrada, y arrollando cuanto se le puso delante, ganó el puente y se junto á los suyos. Pasábansele ya algunos de sus contrarios: mas Alonso de Alvarado con el cuerpo que se había reservado y alguna gente que pudo recoger, restableciendo el combate junto al puente, hacía con el mayor valor rostro á las picas y á las ballestas. Era de noche todavía: mez-

clábase el nombre del rey con el de Almagro en los gritos de los unos, y en los de los otros con el de Pizarro; y estos ecos, que al parecer debieran ser de paz, servían entonces para aumentar su desesperacion y su furia. Allí acudió Orgoñez, allí fué herido de una pedrada en la boca; pero aunque el golpe fué crudo, y le hizo saltar los dientes y arrojar á borbotones la sangre, él cada vez mas feroz alzando la espada y exclamando *aquí me han de enterrar ó he de vencer*, se entró por los enemigos, mandando á los suyos que sin piedad ni remision hiriesen y matasen, pues era ya una vergüenza que aquellos insolentes Pizarros se defendiesen de soldados tan valientes. Inflamados con estas palabras peleaban ellos como leones, y ya sus adversarios no los podían resistir. Alvarado, que al romper el día vió su desorden y mezclados ya muchos de los suyos con los de Almagro, desmayó de todo punto, y desenredándose de la refriega, pudo con unos pocos subirse á un cerro, donde se detuvo dudoso de lo que haría. Al fin determinó juntarse con Garcilaso, que estaba en el vado de arriba, y no había entrado en combate. Pero el incansable Orgoñez, que á todo atendía, se abalanzó con una banda de caballos por aquel camino, cortóle el paso, desbarató su gente, y le hizo rendirse prisionero. En este tiempo los cuarteles de los vencidos se ganaban sin resistencia alguna por el capitán enviado á tomarlos, y Garcilaso sabido el suceso, se vino tambien para el Adelantado, de modo que al salir el sol el campo era todo suyo, y fuera de duda la victoria.

Esta fué la primera batalla que se dió entre aquellos dos bandos tan encarnizados despues. Por fortuna no se derramó en ella mucha sangre ni de vencedores ni de vencidos: ni despues de la accion se afligió el ánimo con aquellas ejecuciones funestas, que en semejantes casos suele prescribir la inexorable razon de estado, ó permitirse la venganza. Almagro, tan humano como generoso, no quiso consentir en el decreto de muerte que ya el fiero Orgoñez tenia fulminado contra el general prisionero, cuando le llevaban al Cuzco ¹; mandó que se volviese á los vencidos lo que era suyo, y lo que no se encontrase que se pagase de su hacienda propia; en fin, se condujo con tal humanidad y cortesía, que los hizo suyos en gran parte, y si bien muchos le faltaron despues ó por flaqueza ó por inconstancia, no por eso perdieron jamás el interés que inspiraba su hidalga y benigna condicion. Cuando Diego de Alvarado, ya libre de sus prisiones, llegando á abrazarle y á darle el parabien de su victoria, le pidió, con generosidad, tambien harto noble de su parte, la suspension de la terrible orden de Orgoñez, *ya eso está hecho*, respondia él con una satisfaccion y una alegría, que daba á entender bien claro la bondad de su corazon, y cuan poco habia nacido para aquella terrible crisis en que la ambicion propia y age-

¹ La máxima de Ordoñez era que de los enemigos los menos, especialmente siendo cabezas; *porque*, decia él, *que perro muerto ni muerde ni ladra*. Cuando le llegó la orden de Almagro para que nose procediese á la rigurosa ejecucion de Alvarado, contestó con ceño y desabrimiento: *pues así lo quiere, así sea, y á él le pesará*.

na le tenia puesto. En la conferencia que tuvo con Alonso de Alvarado, su conversacion era mas propia de hombre que justifica sus procedimientos y manifiesta la razon que le asiste, que de vencedor envanecido y enojado que acusa y acrimina. Quejóse, sí, con discrecion y templanza del agravio hecho á sus embajadores, y concluyó asegurándole que su tratamiento seria conforme á su persona; y en lo que tocaba á disponer de sí, viese él lo que le convenia, y cualquiera que fuese su resolucion, siempre le tendria por amigo.

Sin embargo de estas palabras de benevolencia y blandas disposiciones del Adelantado, el fiero y resuelto Orgoñez opinaba en el consejo de guerra que se tuvo despues de la batalla, que lo que convenia era cortar al instante las cabezas á los dos Pizarros, al general Alvarado y al capitan Gomez de Tordoya, y marchar inmediatamente sobre Lima para deshacerse del gobernador, y acabar así á un tiempo con las principales cabezas del bando contrario. Providencias, decia él, duras á la verdad, pero las únicas en que podian cifrar su seguridad, pues la experiencia tenia acreditado mil veces en América que quedaba encima el que se adelantaba primero y ganaba por la mano: y que si ellos no lo hacian así con los Pizarros ahora que los tenian en su poder, ellos lo harian con Almagro y sus amigos cuando los tuviesen en el suyo. Corrieron entonces gran peligro los prisioneros: la autoridad de Orgoñez, la energía de su carácter, daban sobrada fuerza á sus palabras, que ademas de lisonjear el orgullo de

aquellos capitanes embrevados con su victoria, eran ayudadas poderosamente tambien del odio concepto que justamente se habian adquirido los objetos de su proscripción y de su ira. Así es que llegó ya á tomarse un acuerdo conforme con aquella opinion rigorosa; pero en fuerza de los ruegos y consideraciones de Diego de Alvarado y otros mediadores, Almagro no quiso ponerlo en ejecucion, y el ejército se volvió al Cuzco quince dias despues de la batalla, sin coger fruto alguno de la victoria.

Hernando Pizarro entretanto se quejaba desesperado de la fortuna, considerando en aquella derrota de su bando cerradas por mucho tiempo las puertas á su libertad y á sus proyectos vengativos. Ibale á consolar y á divertir Diego de Alvarado con aquella atencion cortesana y amable simpatía que eran tan geniales en él. Jugaban para entretener el tiempo, y jugaban largo, como se ha acostumbrado siempre en América, y todavía mas entonces. Perdió Alvarado en diferentes veces hasta ochenta mil pesos, que enviándoselos á Hernando Pizarro, este se los devolvió rogándole que se sirviese de ellos. Desde entonces Alvarado hizo por gratitud y con mucha mas eficacia lo que antes habia hecho por mera compasion y conveniencia. Él fué el principal defensor que tuvo el prisionero contra las fieras y continuas sugestiones de Orgoñez, y se tuvo siempre por cierto que, á no estar él de por medio, acaso el Adelantado, á pesar de su blanda condicion, diera acogida al fin á los consejos de su general, y sacrificara los presos. Mas ya es tiempo de volver la vista

al Marqués gobernador: él á la verdad no habia intervenido ni directa ni personalmente en los acontecimientos que se acaban de referir; pero su nombre, su grandeza y su fortuna estan siempre en medio de ellos, como blanco principal á que se dirigian los esfuerzos de los que peleaban en el Cuzco y en Abancay.

La primera noticia que tuvo de la sorpresa del Cuzco y prision de sus hermanos fué la que le envió Alonso de Alvarado, de resultas de sus primeras comunicaciones con Almagro, pidiéndole al mismo tiempo sus órdenes sobre lo que debia hacer. Halláronle las cartas de Alvarado en Guarco, al frente de cuatrocientos españoles que habia reunido con los refuerzos llegados de diferentes partes de las Indias. Turbóse en gran manera con aquella inesperada novedad, y no pudo disimular su pesadumbre á los ojos de los que le observaban. Mas cobrado algun tanto despues, y considerando que por su parte no habia habido culpa en el rompimiento, *siento*, dijo, *como es razon, los trabajos de mis hermanos; pero mucho mas me duele que dos tan grandes amigos hayamos á la vejez de entender en guerras civiles, con tanto deservicio de Dios y del Rey, y tanta miseria y desventura como ellas ocasionan.* Dichas estas palabras de desahogo ó de disimulo, y dado cuenta al ejército de lo que pasaba, contestó á Alvarado que agradecia su aviso, y que aunque las cosas habian venido á un estado tan áspero, esperaba que Dios pondria paz entre su amigo y él, y encargaba que mientras iba á unirse con la gente que tenia, no se avistase con el Ade-

lantado, ni viniese á rompimiento. Llamó despues á los principales de su campo; y ponderando el deservicio que al Rey se hacia en aquel atropellamiento cometido por su adversario, y diciendo que á él como á su lugar-teniente y gobernador le tocaba contener y castigar á los que andaban alborotando la tierra y desasosegando las ciudades, les pidió que le ayudasen en aquella demanda, ofreciendo servirles y aventajarlos como lo tenia de costumbre y ellos experimentarían. Despues de este preámbulo artificioso les dijo, que como caballeros de honor y leales servidores del Rey le diesen su parecer, en la inteligencia de que él estaba dispuesto á seguirlo. La posicion de la mayor parte de aquellos militares era á la verdad bien delicada: habian sido enviados para defender el país contra el levantamiento de los indios, y apenas llegaban, cuando se encontraban con una guerra civil, y convidados á mover sus armas contra españoles. Ignorantes de los sucesos y de las pasiones que agitaban á los castellanos del Perú, no podian saber con certeza á quién darian la razon. Lo regular era que viesen las cosas como se las pintaban aquellos con quienes estaban entonces: hablábales el primer descubridor del país, su principal conquistador, gobernador por el Rey, y que, lejos del sitio en que se habian verificado los sucesos, no tenia al parecer parte ninguna en la malicia de ellos: veían un pueblo de castellanos sorprendido y entrado á la fuerza por un capitan castellano; dos personas tan principales como los dos Pizarros puestos en prision, ningun mensaje, ninguna pró-

puesta, ninguna disculpa por parte de los ejecutores de aquel atentado: no era fácil, atendido todo, que dejasen de tomar parte en los pesares del general que tenian presente, y era muy natural que se ofreciesen á servirle. Sin embargo, al manifestar sus opiniones, tuvieron mas cuenta con lo que la razon dictaba, que con esta inclinacion: y pareció á todos que el mejor camino era enviar mensajeros al Adelantado para reducir las cosas á paz y á concordia, escribiéndosele con todo comedimiento y amor, y que entretanto se enviase por gente y armas á Lima, por si acaso hubiese de venirse á rompimiento. Y no faltó quien propuso que lo primero que debia hacerse, era averiguar si el Cuzco caía en la gobernacion de Don Diego de Almagro, pues en tal caso todo lo demás era excusado. Este dictámen heria la dificultad de lleno; pero tambien heria las pasiones, y no se hizo caso de él.

El gobernador, queriendo á un mismo tiempo dar muestra de seguir la opinion agena, y contentar tambien la suya, envió delante á Nicolás de Ribera con un mensaje pacífico al Adelantado, pidiéndole que soltase sus hermanos, y se pusiese término á las dos gobernaciones sin ofensa de ninguno; y él se preparó á seguir su camino por la sierra para juntarse con Alvarado¹. Pero en esto llegó la nueva de la rota de

¹ Aquí fué donde puso guarda para su persona compuesta de doce hombres, mitad con arcabuces y mitad con alabardas. Ya sin duda el que nada habia temido antes empezó á recelar por sí, á menos que lo hiciese por darse autoridad; pero en tal caso no hubiera aguardado hasta entonces.

Abancay, de la prision de su general, y de la disolucion total de su ejército; y desconcertado con este suceso tan impensado para él, se vió precisado á mudar de plan, y á esperar del tiempo y del artificio lo que no podia esperar de la fuerza. Temíase á cada instante ver venir el ejército victorioso sobre sí, y cortar de una vez con un golpe decisivo todas sus esperanzas y sus designios. Estos recelos suyos acreditaban el acierto de la opinion del general Orgoñez, cuando queria que desde Abancay se marchase derechamente á Lima, y se oprimiese á su adversario con celeridad y con sorpresa. Pizarro, pues, resuelto á negociar para rehacerse entretanto, y romper con esperanzas aparentes el ímpetu y pujanza de su contrario para despues combatirle de poder á poder, envió al Cuzco una embajada compuesta de las personas mas distinguidas de su campo, y él se volvió á toda prisa á Lima á levantar gente y formar un ejército igual al de sus enemigos.

Iba por principal negociador en aquella embajada el licenciado Gaspar de Espinosa, uno de los principales y mas antiguos pobladores y conquistadores de Tierra-firme, personaje muy respetado en Panamá, amigo antiguo de los dos gobernadores rivales, y segun las noticias adquiridas despues, compañero tambien de las ganancias de aquella empresa. Creyóse que sus respetos y las atenciones que uno y otro le tenian, conducirian las cosas á un término favorable; con tanta mayor razon, quanto era público que él y los demas comisionados llevaban poderes bastantes para fijar interinamente los términos

de las dos gobernaciones, y conseguir, sobre todo, la libertad de los presos. Llegados al Cuzco, donde fueron afable y honoríficamente recibidos, se empezó á ventilar el asunto, haciéndose recíprocamente las propuestas que á cada parte convenian. Consultábalas el Adelantado con los suyos, y los comisionados, permitiéndolo él, con Hernando Pizarro; el cual convino de pronto en las primeras propuestas de Almagro, por la necesidad, decia, que él tenia de salir prestamente de allí, y partir á Castilla á llevar al Rey sus quintos. No engañó á Espinosa este aparente celo y súbita conformidad, pues al instante le contestó, que si como hombre oprimido se allanaba entonces á todo por cobrar su libertad, y encender despues la guerra para vengar sus resentimientos, sería mejor buscar otros medios de concordia, aunque fuesen mas tardíos; una vez que lo que menos convenia era dar lugar y pábulo á aquellas pasiones tan perniciosas á todos, y á nadie mas que á los gobernadores mismos. Sintióse herido en lo vivo el prisionero; pero como era artero y disimulado cuando le convenia, mostróse agradecido á la buena voluntad del mediador, y poniendo el negocio en sus manos, aseguró y protestó que por parte suya no habria nunca alteracion en lo que se concertase.

Todavía estuvo Espinosa mas ingénuo y entero con el Adelantado. Añadia Almagro propuestas á propuestas, segun se le iban concediendo las que proponia primero. Entonces Espinosa le llamó la atencion á lo que diria el mundo que los habia visto á los dos en tan per-

fecta conformidad por tantos años, y acabando tan grandes cosas por ella, cuando los viese ahora enemigos entre sí, causadores de sediciones y guerras civiles, manchando y escureciendo con su ciega ambicion la honra que por tan laudable amistad tenia adquirida: *“Mas, dejado aparte, añadió, el vituperio que inevitablemente se os sigue, ¿dónde está vuestro juicio cuando aventuráis de este modo vuestra autoridad y vuestra existencia? ¿Pensáis que el rey ha de mirar con indiferencia el peligro y los males que ha de producir vuestra discordia, y que no pondrá en el momento que la sepa la orden que conviene para estorbarlos? No os engañéis: presto ó tarde ha de venir quien os ponga en paz y os juzgue, y por ventura os castigue: entonces, aun cuando el que venga carezca de la ambicion, de la soberbia y de la codicia, tan comunes en los jueces comisionados que á estos parajes se envían, siempre os habeis de ver pesquisados, perseguidos y afligidos por hombres de agena profesion, que, segun su costumbre, ponderarán vuestros yerros y los desastres publicos, para acrecentar su crédito y encarecer sus servicios. No permita Dios que yo os vea en tan miserable estado, sujetos al alvedrío y voluntad agena, y expuestos á sufrir en vuestra autoridad, en vuestra hacienda, y por desgracia acaso en vuestra vida, la decision rigorosa de la justicia, ó la ciega y violenta determinacion de las pasiones. Consideradlo bien, os repito. ¿No son á la verdad harto anchas estas regiones*

para que extendais vuestra autoridad y mando en ellas, sin que por unas pocas leguas mas ó menos, vayais ahora á enojar al cielo, á ofender al Rey, y á llenar el mundo de escándalos y desastres?” A estas palabras, dignas de notarse, por ser cabalmente un letrado quien las proferia, se contentó el Adelantado con responder que quisiera que aquellas mismas razones las hubiese dicho primeramente á Don Francisco Pizarro, cuya gobernacion era muy dudosa, segun los limites señalados por las provisiones reales, que pudiese llegar hasta Lima, cuanto menos al Cuzco, objeto de la presente diferencia, y que indubitavelmente caía en la suya; sobre lo cual, como cosa justa y autorizada, estaba dispuesto á perder la vida, si menester fuese. - *Segun eso, señor Adelantado, replicó Espinosa, vendrá á suceder aquí lo que dice el refran antiguo castellano, el vencido vencido, y el vencedor perdido.*

Podia Almagro haber añadido para justificar su poca inclinacion á convenirse, que aunque el gobernador habia dado á Espinosa y sus compañeros poderes amplios para negociar, un Hernan Gonzalez que venia con ellos le traía tambien secreto para revocar cuanto hiciesen. Esta cautela, tan fuera de sazón como poco conforme á la honradez y franqueza con que hombres que se precian de grandes y valientes deben tratar entre sí, llegó á rastrearse por los amigos y consejeros de Almagro; y no es extraño por cierto que sabida por él, agrasase y alterase todas las benévolas disposiciones que pudiese tener para la paz.